

LA INSTRUCCIÓN POPULAR EN LOS MUSEOS: EL MUSEO DE LA PLATA A FINES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX

La educación popular y las exhibiciones públicas fueron funciones que los museos de historia natural del siglo XIX se plantearon junto al desarrollo de investigaciones científicas y la exploración del territorio. A través de innumerables iniciativas tanto estatales como privadas, los museos formaron parte de los esfuerzos de instrucción y popularización científica. En este trabajo, se examinan algunas cuestiones relacionadas con la función educativa de los museos a fines del siglo XIX y principios del XX, atendiendo principalmente al papel jugado por el Museo de La Plata en los programas de educación de instituciones escolares oficiales y de sociedades de cultura popular.

SUSANA V. GARCÍA (*)

Exhibiciones públicas y actividades educativas en los museos de historia natural

A lo largo del siglo XVIII los museos europeos tuvieron principalmente un público aristocrático y burgués (Schaer, 1993). En esos espacios se combinaron conferencias, cursos y demostraciones científicas junto a las exposiciones de objetos para la popularización de la ciencia entre un auditorio ilustrado (Ordoñez & Elena, 1990). Durante el siglo XIX, en Europa se produjo la transformación de la mayor parte de las colecciones reales en museos públicos. A fines de ese siglo, como parte de propuestas de educación popular y divulgación científica, numerosas sociedades de excursionistas, centros de extensión universitaria, universidades populares y diversas asociaciones provinciales organizaban excursiones a la naturaleza, a monumentos arqueológicos, a museos y a establecimientos industriales y científicos para un público conformado por trabajadores calificados y sectores sociales medios: maestros, estudiantes, empleados, comerciantes, entre otros. Principalmente, la presencia en los museos de un público popular se derivó de las campañas de popularización de la ciencia, de una mayor extensión del sistema educativo y de la ampliación de la base social de la industria turística.

En las últimas décadas del siglo XIX, se consolidó un número

importante de grandes museos en diferentes partes del mundo y se redefinieron las funciones de estos establecimientos con relación a su proyección como instituciones públicas (Sheets-Pyenson, 1988; Lopes, 1997). Por esos años, el director del Museo Nacional de Washington, George Brown Goode, indicaba que en un museo público moderno se debían interrelacionar tres funciones: 1) constituir un lugar para la conservación de objetos de estudio y de muestras del progreso nacional y de la civilización universal, 2) ser un centro de investigaciones científicas, y 3) funcionar como un espacio para la instrucción pública (Kohlstedt, 1991). Vinculadas a estos tres objetivos, eran esenciales las actividades de clasificación, catalogación, conservación y exhibición de los especímenes u objetos. Goode insistía en que la exhibición pública debía estar conformada por los nombres, descripciones y el significado cultural o científico de todos los objetos. Consideraba que estas indicaciones servían para expresar y

reforzar los temas que se intentaban presentar a través de la exhibición de los ejemplares. En este sentido, insistía en que un museo educacional debía ser descrito "como una colección de letreros (o etiquetas) ilustrados por especímenes bien seleccionados". Si bien se reconocía que el museo fomentaba el cultivo de la observación entre los no especialistas y permitía que éstos realizaran frecuentes "descubrimientos", al mismo tiempo no se descartaba que junto a la percepción a través de los sentidos era imprescindible para la instrucción general la palabra escrita en forma de etiquetas, descripciones, catálogos y guías. A principios del siglo XX, a las indicaciones escritas se sumarían las explicaciones orales de profesores y personal técnico de los museos que acompañaban a los visitantes en el recorrido por las salas. De este modo, la palabra escrita u oral pasó a ser considerada un elemento importante para articular la

relación entre el observador y el objeto que está en exhibición.

Durante la primera parte del siglo XIX no había distinción entre los especímenes usados para la investigación o por estudiantes universitarios y los abiertos a la observación pública, ya que en general todos los objetos preservados en los museos estaban en exhibición. A mediados de ese siglo comenzó a considerarse la idea de separar las colecciones de los grandes museos en dos grupos: a) las destinadas a la exhibición y a la ilustración de un público general, expuestas a la vista de todos los concurrentes y acompañadas de accesorios para el entretenimiento y la instrucción popular, y b) las colecciones de estudios, conservadas en los laboratorios científicos y accesibles sólo para la consulta e investigación de especialistas (Stearn, 1998). Al mismo tiempo que se consideraba la posibilidad de conformar distintas colecciones para diferentes usos, se cuestionaron los antiguos ordenamientos y los usos del espacio dentro de los museos. Mary Winsor



LIGANTEX



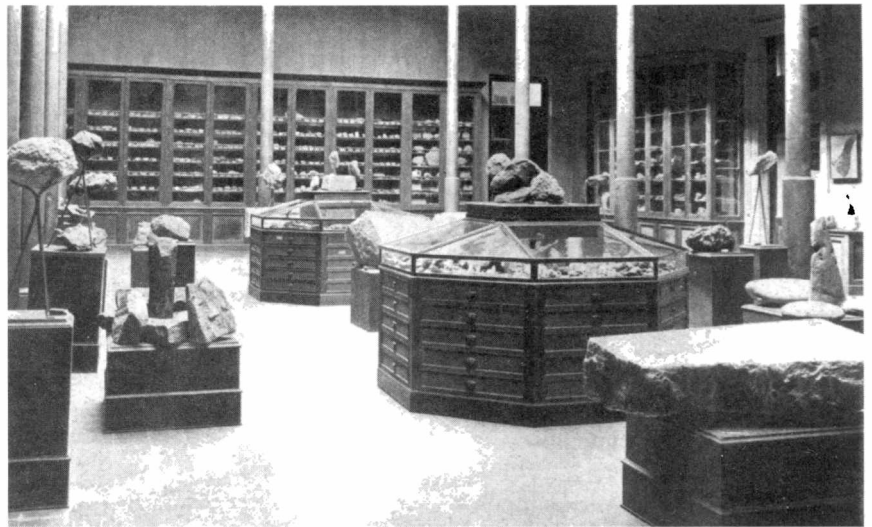
Fábrica
de
pinturas

59 N° 734 - Tel: (0221) 425-7166

(1991), en su trabajo sobre la historia del Museo de Zoología Comparada de Harvard, ha señalado que esto respondió a dos movimientos: por un lado, al gran incremento de las especies conocidas y la acumulación de objetos a ser exhibidos y por otro, a las demandas democráticas por exposiciones más comprensibles.

Para cumplir con los fines educacionales, en los museos de historia natural se plantearon y debatieron cuáles eran las formas más adecuadas de presentación de los objetos para un público general. Al mismo tiempo se comenzaron a buscar preparaciones más realistas y artísticas de huesos y animales embalsamados, con ordenamientos claros, bien determinados y presentados detrás de vidrios para una mejor preservación. En general, prevaleció el criterio de seleccionar y exhibir sólo algunos ejemplares representativos de las ideas que se querían transmitir. De esa manera, se buscaba que el público no especializado pudiera, por medio de una rápida mirada en un espacio limitado, obtener la mayor cantidad posible de información.

En la Argentina, Francisco Pascasio Moreno como fundador y primer director del Museo de La Plata no estuvo ajeno a dichas tendencias. En esta institución, para reforzar la instrucción popular, se prepararon exposiciones con especímenes armados de mamíferos fósiles y otros animales y se instalaron cuadros con escenas de la vida cotidiana del hombre primitivo o paisajes de épocas geológicas pasadas (Podgorny, 1995). Hacia la mitad de la década de 1890, Moreno proyectó que el Museo ampliara su función educativa con el desarrollo de cursos y conferencias de divulgación científica a cargo del personal científico de la institución. De ese plan sólo se organizaron tres conferencias dominicales y públicas a fines de 1896, que fueron dadas por los distintos jefes de sección: una por el botánico ruso Nicolas Alboff sobre "La Naturaleza de Tierra del Fuego", otra del zoólogo francés Fernando Lahille sobre "La aplicación de las ciencias naturales á la colonización de



Sala de Mineralogía a principios del siglo XX.

las costas del sud" y la tercera por el paleontólogo suizo Santiago Roth sobre "La paleontología y el origen del mundo orgánico". Estas conferencias fueron impresas en los talleres de publicaciones del Museo y distribuidas gratuitamente entre el público.

La enseñanza a través de los objetos y las visitas a los museos

En la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX, cuando la dominación científica del territorio parecía consolidada, la alianza entre ciencia y patria se perfiló hacia la búsqueda de una tradición nacional. La historia, la arqueología y la paleontología adquirirían un papel importante como fuentes de inspiración en la construcción de esa nacionalidad. Naturaleza, lengua y raza se conjugaron en un fenómeno llamado "argentinidad" (Endere & Podgorny, 1997; Podgorny, 2000). En ese proceso, los museos y las colecciones con materiales del territorio se constituyeron para el ámbito urbano, en las instancias más propicias para mostrar y enseñar el pasado y los recursos naturales de la Argentina. Esto formó parte de la política educativa oficial, fomentada por diferentes organismos como el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, el Consejo Nacional de Educación, funcionarios escolares y docentes de varias provincias. También participaron en ese

movimiento sociedades de educación popular.

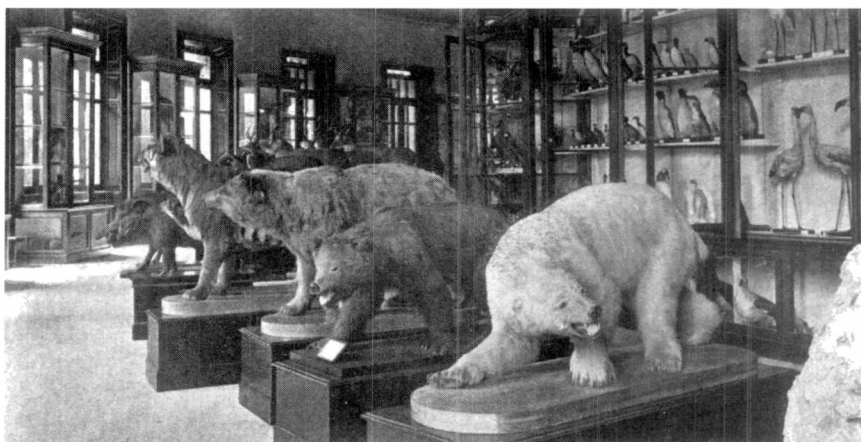
En el contexto escolar, el valor educativo asignado a los museos, las excursiones y las clases denominadas "lecciones de cosas", se derivaron de los principios pedagógicos de la enseñanza intuitiva y práctica, en la que se intentaba fomentar las facultades de observación y de elaboración de conocimientos a partir de la experiencia con los objetos. Se entendía por "intuición" al pensamiento personal del discípulo excitado y provocado por la vista y por el manejo de los objetos que se estaban estudiando. Se consideraba que esta forma de aprendizaje era el elemento esencial de todo método de enseñanza moderno. Esto, por ejemplo, había sido establecido en el reglamento para las escuelas comunes de la Capital Federal y territorios nacionales de 1900. Asimismo, en ese reglamento se establecía que los maestros debían realizar con los alumnos de tercer grado en adelante y optativamente con los de primero y segundo, excursiones escolares por lo menos tres veces al año, entre las que se incluían las visitas a los museos. Además, el artículo 36 estipulaba que: *"antes de cada excursión los alumnos recibirán del maestro las nociones necesarias para comprender su objeto; las que serán ampliadas durante ella, y seguidas siempre de los ejercicios convenientes para fijar su recuerdo, por ejemplo, composiciones,*

dibujos, colecciones, etc.” A su vez, una reglamentación parecida fue establecida para las escuelas de la Provincia de Buenos Aires.

A principios del siglo XX, el Museo de La Plata no sólo había sido incorporado en los programas de visitas de las escuelas locales sino también en los de las instituciones educativas de Capital Federal y de otras localidades. Para estas últimas, la excursión a La Plata no sólo tenía como fin instructivo la visita al Museo, sino que para muchos alumnos constituía la

experimentación de diversos medios de transporte como trenes, vapores y tranvías. Generalmente, estas excursiones se complementaban con la visita al Observatorio Astronómico o a Río Santiago, y los asados de cordero en el paseo del Bosque. Hacia 1905 se proyectaron varias reformas y el mejoramiento del Paseo del Bosque, que por esa época constituía un espacio importante de sociabilidad y recreación de la sociedad platense. A ello se sumó el establecimiento del Jardín Zoológico en 1907.

La práctica extendida de visitar el Museo de La Plata, llevó al comisionado escolar de La Plata, Eduardo Della Croce, a presentar en 1904 una propuesta tendiente a organizar una sala especial destinada a constituir un “Museo escolar argentino”. En esa sala se colocarían al alcance de los niños, ejemplares diversos, convenientemente preparados para ser accesibles a la percepción y conocimientos de los alumnos de las escuelas primarias y “con grandes y explicativas etiquetas que permitieran su fácil estudio”. En abril de 1905, funcionarios escolares fueron recibidos por el director interino, el contador Rafael Cattani y algunos miembros del personal científico del museo. Según la crónica del diario *El Día* (28 de abril de 1905) en esa reunión se trataron varios temas. Entre ellos es de destacar un programa para coordinar y organizar las visitas escolares al Museo. Ese proyecto comprendía: 1) la organización de un museo escolar, 2) la realización de conferencias para maestros en el mismo Museo, para



Galería de Zoología en 1909.

que así los docentes pudieran adquirir conocimientos acerca de las instalaciones, de forma que les permitiera guiar las visitas con sus alumnos y difundir información sobre el mismo y 3) la coordinación de las visitas y la elaboración de un cronograma de turnos, para evitar superposiciones y aglomeraciones. Además, se intentaba organizar las visitas para que las excursiones al museo no fueran una simple actividad turística, sino que respondieran a un objetivo concreto de estudio de acuerdo con los programas respectivos de los cursos elementales. En esa reunión, varios jefes de sección manifestaron su acuerdo con esa iniciativa y se concluyó que, principalmente, era necesario establecer una reglamentación a la que se abocarían los funcionarios escolares.

Paralelamente a esa propuesta, se estaban estableciendo los acuerdos y alianzas para que el Museo y otras instituciones científicas y educativas platenses que dependían del Gobierno provincial, se nacionalizaran para formar parte de la Universidad Nacional de La Plata proyectada por el entonces Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, Joaquín V. González. En el marco de esas ideas, el Museo fue incorporado a la institución universitaria en 1906 y tuvo que articular sus actividades en torno a una doble función, como instituto de investigaciones y facultad de ciencias naturales (Teruggi, 1988; Podgorny, 1995). Entre las nuevas

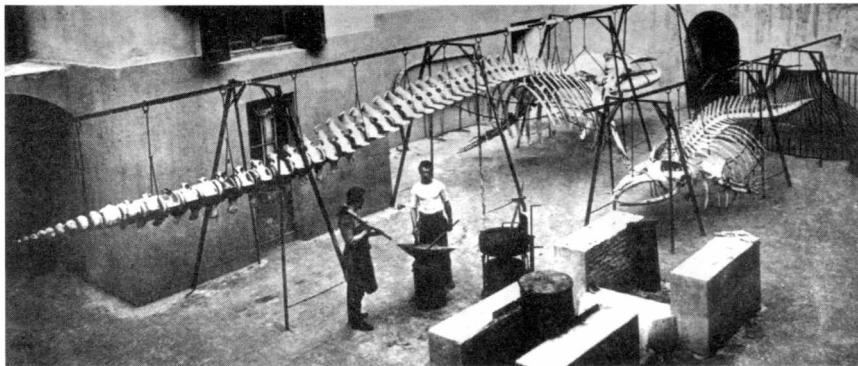
tareas docentes se incluyó la edición de series de difusión y la organización de conferencias de divulgación científica.

La construcción de una sala especial de educación para escolares dentro del espacio del Museo de La Plata no se llevó a cabo, aunque el comisionado escolar pudo concretar sus aspiraciones de establecer un lugar para “educar deleitando” a través de la creación del Museo Escolar de La Plata en 1908. Al año siguiente, esta institución fue reorganizada y transformada en el Museo Pedagógico de la Provincia, para uso común de todas las escuelas locales. El Museo de La Plata colaboró con la formación de esa institución enviando colecciones geológicas y zoológicas. Igual ayuda prestó a varios museos pedagógicos y educacionales de otros partidos y provincias. Al mismo tiempo, donó colecciones de minerales, ejemplares de animales embalsamados, duplicados o réplicas en yeso de objetos arqueológicos, algunos herbarios y publicaciones a numerosas escuelas y colegios. En el caso de las colecciones zoológicas, cada vez que se renovaban las exhibiciones y se retiraban los especímenes deteriorados, éstos se ponían a disposición de las escuelas que los solicitaran. En este sentido, los jefes de sección consideraban que si bien esos materiales no eran aptos para estudios científicos y tampoco reunían las condiciones adecuadas para una presentación pública, podían ser útiles para ilustrar las lecciones escolares. De hecho, muchas escuelas se interesaron por estos

materiales y cada vez que se renovaban las vitrinas pedían los ejemplares que se habían enviado al depósito o de los que hubiese duplicado.

A mediados de la década de 1910 y en el marco de los homenajes que se realizaron por la muerte de Florentino Ameghino, los gliptodontes y otros mamíferos fósiles parecen haberse convertido en símbolos de la ciencia nacional (Podgorny, 1997). Con relación a este aspecto, se puede señalar que algunos colegios secundarios solicitaron al Museo de La Plata esqueletos o sus réplicas enteras para armar en esos establecimientos, por más que en algunos casos se presentaron ciertas dificultades para el armado y el montaje de las piezas. El auge que había cobrado la paleontología y las frecuentes visitas a las salas destinadas a la exhibición de la fauna fósil, llevó a Samuel Lafone Quevedo, director de este Museo entre 1906 y 1920, a encargar al dibujante Navarro la confección de reconstrucciones y modelos en miniatura de la apariencia externa de los mamíferos fósiles sudamericanos para una mejor comprensión de las exhibiciones. Algunas de estas réplicas de yeso en miniatura todavía continúan expuestas en las salas de Paleontología.

En la cultura argentina de 1910, la universidad platense era presentada como un lugar de experimentación de la sociabilidad del futuro con sabios europeos trabajando junto a profesores argentinos para edificar la ciencia nacional. Instituciones educativas oficiales y asociaciones de cultura popular de Buenos Aires organizaban excursiones a La Plata con el objetivo de ver a la ciencia y a sus monumentos, trabajando febrilmente a pocos kilómetros de la Capital Federal (Barrancos, 1996; García & Podgorny, 2000). Estas excursiones movilizaban, a veces, entre cien y doscientas personas y en el Museo eran recibidas por algún profesor o jefe de sección que desarrollaba una conferencia introductoria y luego los acompañaba en el recorrido por las salas. La concurrencia de escuelas, instituciones culturales y público en



Taller de Herrería y montaje de esqueletos, 1890.

general fue incrementándose cada año. En la década del 20, el Museo fue abierto al público todos los días, se editó una guía para visitar las salas y la compañía del Ferrocarril Sur promocionaba boletos especiales y económicos para pasar un día en La Plata y visitar el Museo. Así, a través de diversas actividades e iniciativas, el Museo de La Plata se fue constituyendo en un espacio público donde se articuló una relación entre ciencia y público que no descansaba sólo en los objetos exhibidos sino en la acción combinada de la palabra del maestro y el diseño de la exposición.

Reconocimientos

Este trabajo forma parte de un proyecto de investigación dirigido

por la Dra. Irina Podgorny sobre "La profesionalización de las ciencias antropológicas y su relación con las ciencias naturales, 1890-1930" y subsidiado por la Fundación Antorchas de Buenos Aires. En el marco de ese proyecto se está llevando a cabo la organización del Archivo Histórico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata. También se agradece a la Fundación Rockefeller a través del programa Pro Scientia et Patria: los museos en la formación del patrimonio nacional, del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

* Archivo Histórico de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo. Becaria del CONICET.

Bibliografía citada

- Barrancos, D. 1996. *La escena iluminada. Ciencia para trabajadores 1890-1930*, Ed. Plus ultra. Buenos Aires.
- Endere, M. L. & I. Podgorny. 1997. Los gliptodontes son argentinos. *Ciencia Hoy* 7 n° 42: 54-59.
- García, S. & I. Podgorny. 2000. El sabio tiene una patria. La Primera Guerra Mundial y la comunidad científica argentina. *Ciencia Hoy* 10 n° 5: 24-34.
- Kohlstedt, S. G. 1991. *The origins of Natural Science in America. The Essays of George Broun Goode*, Smithsonian Institution Press. Washington & London.
- Lopes, M. 1997. *O Brasil descobre a pesquisa científica: os museus e as ciencias naturais no século XIX*. Ed. Hucitec, San Pablo.
- Ordoñez, J. & A. Elena (comps.). 1990. *La ciencia y su público*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- Podgorny, I. 1995. De Razón a Facultad: Ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el Período 1890-1918. *Runa* 22: 89-104.
- Podgorny, I. 1997. De la santidad laica del científico: Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna. *Entrepassados* 13: 37-61.
- Podgorny, I. 2000. *El argentino despertar de las faunas y de las gentes prehistóricas. Coleccionistas, museos, estudiosos y universidad en la Argentina, 1875-1913*. Eudeba, Buenos Aires.
- Schaer, R. 1993. *L'invention des musées*. Gallinard, Paris.
- Sheets-Pyenson, S. 1988. *Cathedrals of science. The development of colonial natural history museums in the late nineteenth century*. McGill-Queen's University Press, Kingston & Montreal.
- Stearn, W. T. 1998. *The Natural History at South Kensington*. The Natural History Museum, London.
- Teruggi, M. 1988. *Museo de La Plata 1888-1988. Una centuria de honra*. Fundación Museo de La Plata.
- Winsor, M. 1991. *Reading the shape of nature. Comparative zoology at the Agassiz Museum*. The University of Chicago Press, Chicago-Londres. 1991.